

La Escuela como espacio de recuperación emocional

Nelson Pájaro

Fecha de elaboración: junio - octubre de 2003

Fecha de aceptación: abril 30 de 2004

Resumen. Este artículo expone experiencias de trabajo de un grupo de maestros voluntarios, que realiza talleres de “recuperación emocional” con poblaciones de niños desplazados en zonas marginales. Conscientes de esta problemática social, y de los escasos recursos que ofrece el Estado para la formación de Escuelas comunitarias, los maestros voluntarios han recurrido al apoyo de instituciones y ONG para sacar adelante este proyecto. Los talleres de “recuperación emocional” consisten en la construcción de espacios de participación, que permitan al niño convertir se en protagonista de su desarrollo, sin alejarlo de la realidad de su contexto.

Palabras Clave: desplazamiento, desestabilización, violencia, maestros voluntarios, recuperación emocional, talleres, participación.

Summary. This article shows experiences of a group of voluntary teachers dedicated to carry out emotional recuperation workshops for displaced children from marginal areas. Conscious of this social problem and of the lack of resources that the government offers to create communal schools, those voluntary teachers have turned institutions and ONG to complete this project. The emotional recuperation workshops consist of the construction of participation spaces that allow children to become the protagonist of their own development without taking them away from the reality of their context.

Keywords: displacement, destabilization, violence, voluntary teachers, emotional recuperation, workshops, and participation.

Muchos niños, por circunstancias ajenas a su vida, pasan por situaciones que los obligan a cambiar de sueños ya que tienen que afrontar la cruda realidad del desplazamiento. Estos pequeños, acostumbrados en sus lugares de origen a vivir rodeados de la belleza del campo, con los alimentos al alcance de su mano y a la orilla del río, tienen que enfrentar un entorno totalmente opuesto, de ruidos y carencias que cambian sus ilusiones, costumbres, la herencia cultural, incluso la forma de jugar y compartir. Lo intempestivo y accidentado del abandono de sus propiedades, amigos, vecinos, trabajo, ocasiona en las familias —y en especial en los niños— rompimiento y desestabilización de su núcleo y genera problemas emocionales; es usual observar agresividad, miedo, dolor, aislamiento, prevención, rechazo, desconfianza.

Muchas de las familias que huyen de la violencia llegan a zonas como Altos de Cazucá, donde levantan viviendas improvisadas al filo de los barrancos, y sufren todo tipo de privaciones y de abandono institucional.

Cazucá

Es una de las zonas más pobladas por los desplazados debido a la cercanía con Bogotá, y el perímetro urbano del municipio de Soacha se confunde con

Ciudad Bolívar con quien comparte los problemas sociales que genera la miseria. Conformado por terrenos inestables, no aptos para vivienda debido a la explotación de canteras muy común en la zona, la falta de alcantarillado, de agua potable, vías pavimentadas, la contaminación de la laguna a donde llegan las aguas negras de algunos barrios de Bogotá, hace que la situación de salud sea delicada: hay brotes en la piel, epidemias de gripa y diarrea que provoca en los niños desnutrición aguda e irrecuperable.

Nos trasladamos a los 10 barrios llamados Zonas de los Corintos, que se formaron con el agudizamiento de la guerra en el campo y en zonas cercanas como el Tolima y algunos pueblos de Cundinamarca a partir de 1994. En estos barrios la gente vive aislada. No hay escuelas oficiales ni centros de salud. La violencia llega con la presencia de actores armados, quienes se pelean el territorio, y reclutan a jóvenes y niños.

El pandillismo es la opción que le queda a estos muchachos, pero al haber problemas de convivencia se ven enfrentados a la llamada "limpieza social". La comunidad tuvo que organizarse por barrios y crear unas escuelitas —en su mayoría salones estrechos en lata y madera— con profesores voluntarios, sin recursos económicos ni formación pedagógica. El apoyo que ofreció el Estado fue a través de policías y soldados bachilleres que se imponían en los grupos de niños maltratándolos y agudizando sus problemas psicológicos.

Pero la situación de presencia de maestros no mejora. Se ha conseguido que la Gobernación, a través de la OPS, contrate maestros de primera categoría para suplir esta necesidad, quienes se convocan en febrero para ser contratados a finales de marzo e iniciar el calendario académico en abril, situación que no beneficia a los niños y atenta contra la calidad educativa.

La Escuela

En un sitio como este, la Escuela puede desempeñar un papel importante en las relaciones de recuperación de los niños u ofrecer un espacio si desconoce las influencias del espacio externo, que inicia en la

casa. Alrededor de estas escuelas hay constantes enfrentamientos entre la comunidad, los actores armados que ofrecen a los niños y jóvenes dinero para que fomen parte de sus filas, y la venta de vicio y el pandillismo agudizan esta problemática. Muchos niños dedican su tiempo a la mendicidad; otros, reciclan para ayudar en la casa.

Sin embargo, los que logran ingresar en la Escuela, desertan rápidamente al encontrarse con maestros autoritarios que desconocen los orígenes y las secuelas emocionales que en un niño genera el rechazo de la comunidad. La mayoría de las escuelas comunitarias del sector ofrecen una calidad de educación mínima ante la carencia de apoyo por parte del Estado, quien no da las herramientas necesarias para enfrentar esta problemática.

Los niños tienen que conseguir recursos para ayudar en la casa. El trabajo infantil, el reciclaje, la mendicidad, el robo y la prostitución infantil son situaciones que encuentran los niños desplazados, por lo que lo último que desean es asistir a la Escuela, pues esta no llena sus expectativas.

Con el apoyo de la Fundación Dos Mundos, a través de talleres, se inició un proceso de recuperación emocional con maestros, niños, niñas y padres de familia en los que logramos descubrir sentimientos de nostalgia, dolor, tristeza, miedo que en los niños y las niñas se manifiestan en agresividad, aislamiento, desconfianza y son muy prevenidos. Gracias a estos talleres se pudo entender por qué los niños y las niñas en situación de vulnerabilidad no dan el rendimiento académico esperado. Por otro lado, su edad se convierte en un problema ya que a veces tienen entre los 10 y los 14 años, y apenas están aprendiendo a leer. Se consideran 'retrasados', se apartan del grupo y son tildados por muchos maestros como 'brutos e incapaces de aprender'. Esto nos dio herramientas para construir un proyecto educativo acorde con sus necesidades, dentro de su contexto, con sus sueños y estímulos, que les permitiera mirarse como seres humanos con derechos. De allí surgió la necesidad de conseguir apoyo de personas idóneas en capacitación y formación pedagógica e hicimos un convenio con Shimana, una ONG que lidera un proceso de formación congruente con nuestra necesidad.

Pero encontramos muchas dificultades. La mayoría de los maestros afrontan situaciones de desespero y dolor que les quita la posibilidad de formación permanente. Además, muchas veces la Escuela no brinda al niño la oportunidad de recuperarse emocionalmente, por el contrario, recibe la incompreensión del maestro que castiga, grita, intimida, usa términos despectivos y evalúa drásticamente, sin tener en cuenta que no responde de la misma forma que el niño que no ha experimentado el desplazamiento forzado.

Alternativa de la comunidad

Nos convertimos en un grupo de profesores voluntarios e hicimos un proyecto comunitario educativo en el barrio El Progreso con la Corporación Social Fe y Esperanza. Recogimos las memorias de los talleres ofrecidos por la Fundación Dos Mundos y Shimana, y reproduciendo las prácticas pedagógicas, las aplicamos a un grupo de 200 niños. Los atendimos en un cuarto de mi casa y en otra de madera en préstamo. Hicimos grupos en la mañana y en la tarde, casi 45 niños por salón. Actualmente se les brinda educación mínima y almuerzo a 60 niños y niñas menores de 7 años. Así encontramos una forma de proporcionar, a través de las actividades académicas, un espacio de recuperación emocional donde las clases dejan de ser autoritarias y se le da la posibilidad al niño de participar de cada actividad convirtiéndose en protagonista de su desarrollo. Allí el maestro es dinamizador entre lo que cada niño sabe sobre un tema y la realidad de su contexto. Estas actividades se complementan con lúdicas, acordes con los juegos tradicionales de sus regiones de origen, lo que permite al niño que cada área académica forme parte de su diario vivir, por ejemplo, las matemáticas, las ciencias naturales etc.

Pero lo más importante es crear un lazo de amistad entre los maestros y los niños. Muchas veces, a través de otras personas, los niños y las niñas tienen comportamientos agresivos, y si aprovechamos la amistad para hacer un proceso pedagógico, también vamos a lograr cambios en sus emociones. Hay que crear un espacio de convivencia diaria donde los problemas son una herramienta para mejorar, no una oportunidad para castigar.

En una ocasión, uno de los niños recién llegados de una zona de guerra, en los primeros días miraba en forma intimidatoria a los demás y no quería jugar con ellos. Un día los niños corrieron desesperados buscándonos. ¿Qué pasó?, preguntamos. “Es que ese niño amarró a Javier y lo está puyando con un palo”. Corrimos, y al llegar quedamos impresionados. Javier estaba amarrado a un palo con los ojos vendados. El niño en mención le gritaba, “te vas a morir, sapo”, mientras lo maltrataba con el palo. El niño nos miró y sonrió; pero luego con una mirada intimidadora nos retó: “Hagan lo que quieran”. Nos reunimos y hablamos con el niño. Todos le tenían miedo, pero decidí jugar con él. Con el tiempo, empezó a tomarme confianza y poco a poco me contó su pasado. Me dijo que un día se levantó a media noche a pedir agua de panela a su papá y vio que unos encapuchados lo tenían amarrado junto a unos tíos. Antes de que gritaran los mataron. Los profesores empezaron por entenderlo, y a través de los talleres de recuperación emocional se generaron cambios significativos incluso en el seno de su familia, que también, debido al desplazamiento, lo maltrataban. La Escuela se convirtió para él en el lugar ideal para expresarse y para que no lo trataran como a un enfermo. También contribuimos al cambio de niños como Alejandro, que es muy conflictivo y sueña con ser guerrillero para matar a sus enemigos (ajusticiaron a su padre); sin embargo, después de seis meses en el proyecto, piensa ser un maestro. Lina, que al principio odiaba a todos —sus hermanas fueron sometidas y violadas; su padre, por una deuda, está en la guerrilla, y ella tuvo que venir con sus hermanos menores a mendigar a Bogotá—, hoy sonríe y sueña con ser enfermera para ayudar a los demás.

Hasta los profesores hemos cambiado. Las clases ya no son aburridoras; jugamos con los niños, recochamos, los padres se ven sonrientes, proponen las actividades, y colaboran en la cocina y en la chatarrería para conseguir ayuda para el proyecto.

Hacemos teatro, danzas, deporte. Es un lugar sin normas preestablecidas, sólo hay acuerdos, participación incluso en la toma de decisiones. La importancia de la recuperación emocional en el aula de clases permite mejorar las actividades académicas y los niveles de con-

vivencia en grupo y con la comunidad, así como manejar el dolor, la nostalgia y recuperar los sueños.

Sin embargo, se necesita un espacio físico adecuado, el material necesario y el apoyo del Estado. Las emociones forman parte de la respuesta positiva o negativa del niño frente a hechos concretos en su vida. Tenemos que luchar por una propuesta educativa flexible, que supere los currículos preestablecidos, que agregue programas que tengan en cuenta los estados emocionales del niño cada instante.

Quizá así se entienda la importancia de la recuperación emocional no como algo para tratar enfermos, sino como parte de un programa pedagógico que ayuda al niño en una etapa de su desarrollo humano.

Los temas aquí propuestos forman parte de la experiencia diaria y del apoyo de instituciones no gubernamentales como la Fundación Dos Mundos, Shimana, SOS Aldeas de Niños, Universidad Nacional, Universidad Pedagógica, y el compromiso de la comunidad educativa del Proyecto Corporación Social de Fe y Esperanza en el barrio El Progreso, así como aportes recogidos de la experiencia de la Escuela Pedagógica en Cazucá. ■

Diálogo del conocimiento

Las reflexiones del autor en torno a los procesos vividos por los niños desplazados nos sumerge en una cruda realidad. Como maestros, ¿qué hacemos frente a este hecho? Creo que Nelson, al igual que otras personas que forman parte del mismo proyecto (o de tantos otros) eligieron el camino correcto: actuar, involucrarse, modificar lo que está a su alcance. El dolor no actuó como paralizante sino como mecanismo de respuesta a una necesidad concreta: la educación, sin embargo, cuando hablamos de educación muchas veces hacemos una reducción del tema priorizando aspectos que tienen que ver con la adquisición de conceptos o con el desarrollo de algunas habilidades por parte de los estudiantes. ¿Dónde quedan las emociones y los afectos si consideramos que como maestros nuestro papel es simplemente trabajar con conceptos y procedimientos inherentes a nuestro tema de clase? El problema se encuentra más allá.

¿Cómo comunicarnos con nuestros estudiantes sino a través del afecto? Podemos materializar las emociones y los afectos en estrategias didácticas para conseguir despertar el interés y el gusto por estudiar. Pero eso sería otra reducción. Trabajar desde los afectos y transformar algunas emociones, ¿puede ser considerado como una simple estrategia didáctica? Creo que no, y la internalización de estas actitudes y valores será la que permita en el futuro evaluar el papel que la educación desempeña en nuestras vidas y preparar el camino para la participación colectiva en la solución de los problemas sociales y comunitarios.

Esta situación nos permite replantearnos el papel que desempeñan los estándares, al desconocer esta realidad en la que tanto maestros como estudiantes nos movemos. Junto con el autor, quiero dejar la inquietud para que consideremos a nuestros estudiantes desde sus procesos individuales y los contextos sociales, que muchas veces avasallan sus derechos. Como maestros no debemos permitir que el Estado les quite el derecho de aprender a sus ritmos y de acuerdo con sus necesidades.

Finalmente, deseo concluir este *Diálogo* con una intención explícita. Quiero plasmar mi agradecimiento al autor por permitirnos compartir su experiencia. Estoy convencida que muchos maestros colombianos y latinoamericanos se sentirán reflejados en estas palabras, otros compartirán la historia y muchos se contagiarán de la esperanza y de las ganas de ofrecer un poco de calma a tanto dolor. Esta posibilidad de conocer, tanto la experiencia del autor como de otros maestros, nos permite descubrirnos como maestros, como personas que podemos incidir y transformar nuestro entorno y, por lo tanto, enriquece nuestro proceso formativo.

Verónica Catebiel